

DANZA EPISTOLAR

Querida mía...

En la cárcel de mi patética existencia no albergo esperanza alguna de poder alcanzarte. Mi rango me impide llegar hasta ti. En una jerarquía injusta y lastimera, me ha tocado habitar el fondo de sus cloacas más inmundas. Mis orígenes me relegan al desempeño de las tareas más angustiosas y repugnantes. Soy un simple barrendero, un saneador de escombros y cadáveres que solo puede aspirar a un mañana sombrío y solitario. Pero mi corazón terco se empeña en desearte.

Sé que será difícil hacerte llegar estos sentimientos. Mi danza torpe y errática es incapaz de transmitir todo el amor que guarda mi ser.

Desde esta celda húmeda y oscura que tengo por hogar, desde mi humilde cubículo donde guardo celosamente mis fantasías, fabrico un universo alternativo. En él me atrevo a dejar libres mis anhelos más profundos. En esa ensoñación le arrebató un instante al destino y vuelo a tu lado. Te tengo cerca, puedo sentir el calor que irradia tu alma poderosa, altanera, caprichosa, inalcanzable para mí. Entonces me atrevo a estudiar de cerca tu rostro. Y cuando mis labios rozan los tuyos, te exhalo el néctar de mi pasión, convirtiéndose en miel dentro de tu boca. Luego dejo descansar mis esperanzas en tu vientre, acariciando los recodos de tu memoria, aspirando la esencia de tu locura.

Y mientras sueño con ser el zángano que te hace sonrojar, seguramente ni habrás reparado en mi existencia. Me conformaré con ser solo para ti uno más entre la multitud que te sirve, un cuerpo más teñido de rayas negras y amarillas que recorren perdidos e incansables los panales en la inmensidad de tu colmena, una obrera más al servicio de tu excelencia, una simple abeja para ti, mi reina.